

EL MUNDO DE SOFÍA

GAARDER, JOSTEIN.

Novela sobre la historia de la filosofía, 1995, Siruela / Norma.

No resulta extraño que el libro de Jostein Gaarder *El mundo de Sofía*. Novela sobre la historia de la filosofía (Siruela/Norma 1995), haya encontrado -y siga encontrando- gran eco entre los adultos, y no solamente entre adolescentes de edades cercanas a la de Sofía, su protagonista. Lo que quizás pueda parecer sorprendente, es que el libro sea leído con avidez por doctores en filosofía, como es mi caso. Debo señalar, además, que la primera persona que me habló del libro fue un profesor universitario alemán, durante una charla de especialistas (Fachgespräch) en un café de Heidelberg. Acababa de aparecer la traducción al alemán de *El mundo de Sofía* y las librerías estaban atestadas de ejemplares que desaparecían con celeridad, no obstante lo elevado del precio.

¿Qué interés puede tener, para un doctor en filosofía, leer una historia de la filosofía novelada y en versión para adolescentes, para teenagers? La respuesta a esta pregunta pone ya de manifiesto el mayor mérito de la obra, que encierra a la vez la clave de su éxito. *El mundo de Sofía* es un libro que vale la pena porque hace dos cosas que antes no se habían hecho y que quizá ni siquiera se habían intentado: por un lado, presenta la historia de la filosofía de un modo asequible, sencillo, fácilmente comprensible; y por otro lado, lo hace de un modo ame-

no, en sintonía con los intereses y las inquietudes del hombre de hoy de la calle. No sólo de los jóvenes de hoy, sino del ciudadano medio en general. Por esto *El mundo de Sofía* encuentra tantos lectores.

Sería aburrido criticar en el libro lo incompleto de las exposiciones, pues en ningún momento la obra pretende ser una exposición sistemática y exhaustiva de la filosofía occidental. Más criticable sería en cambio la elección de los filósofos tratados y el tratamiento tan dispar que se les concede. Pero éstas son deficiencias perdonables, que simplemente ponen de manifiesto el mayor dominio que tiene el autor sobre ciertos temas, y su preferencia clara por algunos filósofos concretos. Ahora bien, es inevitable que un libro trasluzca las fortalezas y las debilidades de su autor, y que deje entrever claramente sus más o menos infundadas preferencias personales.

Como ejemplos mencionados al vuelo, llama la atención el enfoque unilateral del tratamiento concedido a Aristóteles, en la exposición de cuya metafísica Jostein Gaarder comete crasos errores. La filosofía medieval aparece tratada en bloque, con trazos escasos, en los que sin embargo no debería haber faltado una mención de los filósofos árabes. En el tratamiento de la

filosofía moderna, la balanza de Gaarder se inclina claramente por los empiristas. La aparición de Berkeley es precedida por una auténtica «campana de expectativa», y el pensamiento de Hume es expuesto con detenimiento y no sin cierto entusiasmo. Claro está que resulta más fácil entusiasmar a una muchacha de 15 años -Sofía Amundsen, la protagonista- por un empirista o por un sensualista, que por un crítico de la talla de Kant o un idealista de la de Hegel.

En esta línea, *El mundo de Sofía* es un libro que se hace menos filosófico a medida que se avanza en él. En *El mundo de Sofía* termina habiendo más mundo que sophia, que sabiduría o filosofía. En la medida en que el libro avanza en la historia de la filosofía, acercándose a planteamientos más complejos, más difíciles de hacer llegar a una quinceañera o al hombre de la calle, la densidad filosófica del libro se va diluyendo, y la atención de Gaarder se va desviando hacia autores menos filosóficos. Esto resulta evidente en la atención concedida en el libro de Freud y Sartre, por ejemplo, en contraste con la lacónica mención de Nietzsche y Heidegger, por no hablar ya de la omisión de nombres como el de Schopenhauer.

Alberto Knox, el profesor de filosofía que guía a Sofía a lo largo de su recorrido por la filosofía occidental, confiesa en las últimas páginas un escepticismo que ha ejercido ya desde las primeras, y que marca esta obra con una impronta ecléctica imborrable. La filosofía de Alberto Knox no tiene en su horizonte la búsqueda de la verdad; en su lugar hay una fe cie-

ga en el progreso, la convicción de que el hombre alcanza con el tiempo una mejor comprensión de sí mismo y del universo.

Si el no adoptar una postura es ya en sí mismo una postura, a Alberto Knox se le malogra la pretendida neutralidad que le impide responder a las preguntas claras y tajantes de Sofía acerca de Dios, del alma y del mundo. Y es que detrás de esa presunta neutralidad abierta y tolerante no es posible ocultar un claro -aunque no confesado- agnosticismo. Del mismo modo, las explicaciones de Alberto aparecen marcadas por un inconfundible sesgo positivista.

Como señalé antes, en *El mundo de Sofía* termina habiendo más mundo que sophia. La esperada fiesta filosófica con que se cierra la historia degenera en un acto de vandalismo en el que -para completar el cuadro de vicios-, tampoco faltan los juegos eróticos.

Lo que el libro promete tanto a Sofía como a Hilde (otra quinceañera), y en ellas a cada lector, es una mayor madurez, como fruto de la visión más profunda de la realidad dispensada por la filosofía. Ahora bien, alcanzar esta madurez exigirá del lector una actitud crítica hacia la visión del mundo, del hombre y de la propia filosofía que anima a Alberto Knox. Desvelar los presupuestos y los implícitos de este enfoque es tarea que se impone a quienes de verdad aspiren a formarse un juicio maduro, y no quieran conformarse con un recorrido ecléctico y superficial -por colorida y amena que sea su exposición- a través de la historia de la filosofía. ■

AMALIA QUEVEDO